

# Tratamiento del silencio en la clínica psicoanalítica: de la charla palabrera a una ética<sup>1</sup>

Treatment of silence in the psychoanalytic clinic: a wordy discussion of ethics

Jesús Ignacio Rivera Cano\*

**Recibido:** 15 de marzo de 2010 **Aprobado:** 30 de abril de 2010

## RESUMEN

Este artículo presenta la reflexión sobre los resultados de la investigación “Lo que la lengua mortal decir (no) pudo. Fundación del silencio en psicoanálisis”, y versa sobre el tratamiento del silencio del paciente en el trabajo clínico, cuando éste es orientado por la consideración rigurosa de la ética como criterio para determinar su eficacia.

**Palabras clave:** silencio del paciente, clínica, ética, psicoanálisis.

## ABSTRACT

This article presents the results of research “What mortal la langue say (no) could. Foundation of silence in psychoanalysis”, and deals with the silent treatment the patient in clinical work, as this is guided by the rigorous consideration of ethics as a criterion to determine its effectiveness.

**Keywords:** silence of the patient, clinical, ethics, psychoanalysis.

<sup>1</sup> Este artículo es derivado de la Investigación “Lo que la lengua mortal decir (no) pudo. Fundación del silencio en psicoanálisis”. Es un trabajo realizado para la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia), y su Departamento de Psicología. La reflexión sobre los resultados de esa investigación expuesta en el presente artículo ha sido socializada en las ponencias: a) Para una ética del silencio. VII Jornadas de investigación. Universidad de Antioquia; b) De la charla palabrera a una ética. El silencio en la cura psicoanalítica. Jornada Psicología y Psicoanálisis. Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano Foro Medellín, febrero 27 de 2010.

\* Psicólogo Clínico, Especialista en Psicología, egresado investigador de la Universidad Cooperativa de Colombia, correo electrónico: nachorive2007@gmail.com

## Introducción

*Una ética se anuncia, convertida al silencio, por la avenida no del espanto sino del deseo: y la cuestión consiste en saber cómo la vía de charla palabarrera de la experiencia analítica conduce a ella.*

(Lacan, 1976, p. 306)

El psicoanálisis, frente a la exigencia de eficacia —a cuyo empuje se ven abocadas las psicoterapias por el imperio de la legislación vigente— responde, no con una promesa de satisfacción de los ideales, sino con una ética. Esta ética se encuentra soportada desde las implicaciones de la estructura.

Con el ánimo de aportar a la investigación sobre el tratamiento del silencio del paciente en la clínica, este artículo propone analizar cómo aborda el psicoanálisis ese silencio, de qué manera lo concibe en la dinámica de la transferencia y en qué modo lo conduce hacia la constitución de una ética, en la medida en que ella es el horizonte del fin de la cura, para ver allí, finalmente, la especificidad de su eficacia.

Freud reconoció, en el silencio que se *produce* en la relación terapéutica, un hecho constituido por la transferencia y halló en ella una de las formas de la resistencia. A partir de la enseñanza de Lacan entendemos ese silencio, que se produce en calidad de fenómeno vinculado al lazo social que instaura la clínica psicoanalítica, como una experiencia estructural que debe ser dirigida a la definición de una ética totalmente inédita.

## El silencio del sujeto en la clínica psicoanalítica

Con base en la enseñanza de Lacan, algunos autores han podido formalizar un discurso sobre el silencio del sujeto en la clínica psicoanalítica. En este texto, brevemente se retomarán autores como Gallano, Silvestre y Leserre.

Gallano (1984) se refiere al callarse del analizante y entiende el enmudecimiento de éste como el mejor medio para evitar el riesgo de enfrentarse a la falta del *otro*, considerando

esta actitud como una vía “cómoda” para evitar que se repita lo que considera el mal encuentro al que conduce la palabra. Desde esta perspectiva, puede aparecer un silencio producto del rechazo de la pérdida y sus consecuencias, de la negación de la muerte del gran *otro*, constituyendo un *otro* no castrado, no mortal, no arriesgado en la insignificancia de la voz, de la palabra.

Daniele Silvestre (1987a) articula el fenómeno del silencio a la estructura de la transferencia, particularmente en lo que ésta pone en juego del *sujeto supuesto saber* (SsS).

La autora propone, en este sentido, distinguir entre: 1) el silencio *antisignificante* de la transferencia, como un impedimento en la instauración del SsS que se manifestaría en la obstaculización de la metonimia significante; y 2) la existencia de lo imposible de decir; lo que posteriormente Leserre (1998) llamará el silencio *a-significante*.

Al final de su artículo, Silvestre cita un fragmento de una de las conferencias hechas por Lacan en universidades norteamericanas, en la que el autor afirma que un análisis es:

[...] una partida entre alguien que habla, pero al que se le advirtió que su palabra tenía importancia. Ustedes saben que hay gente con la que hay que vérselas en el análisis, de la que es duro obtener esto. Existen algunos para quienes decir algunas palabras no es tan fácil. Se llama a eso autismo. Se dice fácil, pero para nada es forzosamente, es gente, simplemente, para la cual el peso de las palabras es muy serio y que no están dispuestas a tomarse fácilmente libertades con esas palabra (Lacan, citado por Silvestre, 1987a, p. 76).

Silvestre concluye interpretando que “el peso de las palabras es, obviamente, el saber oculto que transportan” (1987a, p. 71).

Es posible considerar que la expresión “el peso de las palabras” puede tomarse en otro sentido relativamente distinto, pensando en la dificultad de la que dan cuenta los escritores. Mallea, por ejemplo, afirma que: “Una palabra aproximativa —en vez de la verdadera— hace que el edificio de lo expresado se agriete pronto o caiga verticalmente” (Mallea, 1974, pp. 73-74); y también:

Desconfiar de las palabras es el signo distintivo de quienes las manejan con autoridad, y hacen de ellas el mero esclavo de algo superior que las desdeña para dominarlas y las larga antes de que ellas le prendan fuego o lo hagan servil de su congénito engaño o lo perviertan con el embaucamiento de sus trampas (p. 74).

Con lo que se ponen de manifiesto las distintas formas que en el silencio revela la relación que el sujeto establece con el *otro*, la idea de su consistencia y el temor de la maldad, del engaño, del significante.

En una dirección muy similar, Febrionan Piguet escribe que: “reconocer la seriedad de las palabras trae por efecto producir el silencio [lo que sería] efecto de una corriente libidinal desestimadora que lleva a excluir todo juicio referido a la realidad de la castración” (Piguet, 1992, p. 153).

En el caso presentado por Gallano (1984), puede verse que en la clínica —tal como lo representan los escritores— el silencio se produce, al menos en una de sus formas, porque el neurótico insta una relación con el *otro* a partir de una lógica en la que supone la existencia de vocablos que se corresponderían exactamente con el objeto de su expresión.

Borges (2003) nos da un ejemplo muy bello de esto cuando se refiere a Valéry, que creía en la existencia de una palabra precisa para cada objeto del universo, para cada estado del alma. Es lo que trata de formalizar en *El idioma analítico de John Wilkins*, cuento-ensayo, en el cual las palabras no son “torpes símbolos arbitrarios [y en el que] cada una de las letras que las integran son significativas, como lo fueron las de la sagrada escritura para los cabalistas” (Borges, 1989, p. 102). De tal manera que —argumenta Borges— “teóricamente no es inconcebible un idioma donde el nombre de cada ser indicara todos los pormenores de su destino, pasado y venidero” (p. 102). Con lo que “En el idioma universal que ideó Wilkins al promediar el siglo XVII, cada palabra se define a sí misma” (p. 102).

Ficción que haría pedazos la lógica del significante. Ficción que comparte el neurótico

—Gallano (1984) lo describe admirablemente en su escrito— con la ambición del poeta. Esto puede percibirse en el cuento —también de Borges— *Parábola del palacio*, en el cual, durante un largo y detallado paseo, el Emperador le muestra el exquisito y minucioso palacio (numeroso en galerías y atracciones) a un poeta que termina por dar cuenta de su visita en un escrito tan riguroso y completo que el emperador no puede menos que encararlo con un “¡Me has arrebatado el palacio!” (Borges, 1989, p. 214).

Volviendo a Febrionan Piguet, se puede considerar otra hipótesis de su artículo, según la cual “allí donde la palabra pondría en relación el cuerpo con el cuerpo supuesto del Otro, aparecería el silencio” (Febrionan Piguet, 1992, p. 153), en donde éste se configuraría como límite, interdicción al *goce*. Así, cuando “las palabras aparecen como un exceso sin ningún resto de Goce [surgiría] el silencio como una inhibición de la satisfacción del discurso” (p. 153). De esta forma, el silencio se produciría como un recurso que introduce un semblante de castración —falta— en un discurso que es vivenciado como *goce*.

En tanto el *otro* aparece como suposición, el silencio puede presentarse como un velo de la falta; la superstición del discurso como satisfactorio puede dar cuenta de un impase en el reconocimiento de la castración, lo que explicaría una de las formas por las que el silencio imposibilita la asociación y la rememoración.

De un modo sintético, Leserre (1998) sitúa el silencio, que se da en la cura en la vertiente de la transferencia, bajo dos caras que él nombra *antisignificante* y *a-significante*. Estas caras corresponderían a la detención que obstruye el encadenamiento de las asociaciones —la primera—, y un silencio que no sería el callarse, sino que estaría relacionado con la espera de la palabra *divina* y con el goce del *otro* —la segunda—.

Leserre, en el desarrollo de lo que intitula *Los tiempos de la transferencia*, cita a Lacan en una fórmula mediante la cual define “el silencio como uno de los nombres del semblante de *a*” (Lacan citado por Leserre 1998, p. 55).

A partir de esto, el autor muestra la posibilidad que se le presenta al sujeto de toparse con lo real, en su condición de imposible, al seguir el imperativo de la asociación libre, pues el análisis lleva a un punto en el que no puede hablarse más sino de lo que no puede ser dicho; esto conduce a la experiencia de la falta de las palabras para decirlo todo.

Es ante ese desfallecimiento de las palabras que Lacan propone el advenimiento de una ética.

### Una ética del silencio

Retomando las palabras de Lacan que constituyen el epígrafe del presente artículo: “Una ética se anuncia, convertida al silencio, por la avenida no del espanto sino del deseo: y la cuestión consiste en saber cómo la vía de charla palabarrera de la experiencia analítica conduce a ella” (Lacan, 1976, p. 306), se puede ver que la producción del silencio está implicada de tal manera en la concepción de la ética en el psicoanálisis lacaniano, que su propuesta subvierte la concepción de la ética de una manera radical.

Pero, ¿cómo se establece esa relación entre la ética y la producción del silencio en psicoanálisis? A continuación se expone una aproximación a la forma en que el autor propone su articulación.

Inicialmente, podemos detenernos en la manera, verdaderamente original, en que Lacan interroga el concepto de ética al ponerlo en dependencia de estructura, una que en todo caso —aclaremos de entrada— no es solamente significativa.

Así, Soler (1988) nos recuerda que: “la posición epistémica de Lacan, ética y epistémica a la vez, consiste en encontrar su apoyo en las implicaciones de la estructura [esto teniendo como horizonte el fin de la cura, pues] al igual que Freud jamás recurrió a los ideales para definir algo de la operación analítica” (p. 17). La norma que Lacan propone consiste, de esta manera, en impulsar hasta sus últimas consecuencias las implicaciones

del dispositivo. La autora precisa que “esta es la idea de una norma ética orientada en relación con lo real” (p. 8); pues continúa Soler:

Cada vez que intenta dar una fórmula del fin, es una fórmula del punto de consecuencia: punto de consecuencia implicado por la estructura de la palabra, punto de consecuencia implicado por las leyes de sustitución significativa, punto de consecuencia implicado por la naturaleza del objeto del deseo (Soler, 1988, p. 21).

Con lo que la ética de Lacan invita a:

Impulsar hasta sus últimas consecuencias [lo que] concierne tanto a la cura como a la elaboración de la doctrina, exigencia que hace a la homogeneidad de la práctica analítica, a lo que pasa por el analizante y por el analista, intentando pensar su experiencia (p. 22).

Resulta indispensable —para comprender el asunto— no olvidar, como nos lo indica Lacan cuando nos habla sobre Lagache, que la estructura no se reduce a los significantes, pues es un error que se le solía imputar a su enseñanza. Lo mismo escribe Miller:

En Lacan no todo es significativo. Para él mismo su descubrimiento no era que el inconsciente este estructurado como un lenguaje... Es el objeto a, en cambio, lo que Lacan llamó su descubrimiento en psicoanálisis... No todo es significativo, aunque ahí todo sea estructura, lo que nos exige distinguirla del significativo (Miller, 1984, p. 12).

Así, y de acuerdo con Soler (1988), para Lacan resulta que más importante que el descubrimiento del inconsciente, es la invención del dispositivo que alcanza lo real.

En ese sentido, resulta iluminador recordar la lógica que expone Lacan cuando dedica un seminario, precisamente el número VII, el de *La ética del psicoanálisis* (Lacan, 1992b), en su esfuerzo por formalizar lo real como causa del sujeto.

Como lo articula G. L. G. (1989), en ese texto Lacan argumenta una “posición primera del sujeto anterior a la represión”, que se trata de la relación designada por *das Ding*, a la que corresponde —lo que alguna vez llamó como “afecto primario”— el goce. En esta estructura,

el grito surge del vacío (*das Ding*) para ser respondido por la alternancia significante, de tal manera que las representaciones que la asociación libre pone en juego constituyen una realidad en torno del vacío real ocupado por el fantasma. Así, los significantes se ordenan en torno de lo que se sustrae *real* puesto en juego por el silencio; silencio del que Lacan, trascendiendo la relación con la resistencia, dice: “es preciso decir también que, si ese momento ocurre en el tiempo oportuno, el silencio cobre todo su valor de silencio: no es simplemente negativo, sino que vale como un más allá de la palabra” (Lacan, 1992a, p. 9).

El recorrido realizado por Lacan nos permite entrever la manera en que formalizará la ética del silencio. Tenemos una posición primera: el *goce*, del que Nasio dirá que es “en el inconsciente y en la teoría, un lugar vacío de significantes” (Nasio, 1989, p. 38); o de otra manera: “no hay significantes que signifiquen el goce en el inconsciente; pues si éste es una cadena de significantes en acto, en ella falta un elemento, justamente aquel que hubiera debido representar el goce” (p. 43). Existe, así, en la estructuración psíquica, una condición que se caracteriza por el silencio inaugural del goce. Un silencio (fundado él mismo por un grito, pero al que sólo la palabra le dará existencia) que introduce el significante de una falta, en tanto representación de la nada; inscribiendo un agujero, una división o barrera; cifra de la letra faltante, que hace fracasar a lo simbólico para representar la *cosa*. Aspectos que atestiguan que se produce en el psicoanálisis una experiencia de lo real.

La orientación ética de Lacan nos permite entonces —como lo anotábamos anteriormente— darle un estatus al silencio; ese que ya en lo *a-callado* o encubierto (resistencia) se presenta como un eco de un silencio mayor: el de lo *mudo* (*real*). Es en este contexto en que adquieren sentido las palabras de Silvestre, cuando lleva al extremo esta definición:

La resistencia designa en rigor lo que no puede decirse, lo que es imposible de decir. Designa un núcleo que no tiene palabras que lo designen: es lo que hace fracasar al significante, a la palabra. Es en el fondo un vacío en el meollo del ser humano vaciado de toda representación” (Silvestre, 1987b, p. 201).

Así tendríamos que, como indica Braunschtein (1990): “lo inefable es la sustancia misma de lo que se habla siempre y desde siempre en el discurso del psicoanálisis” (p. 12).

En igual sentido, Zolty (1992) plantea que los pacientes dicen siempre *la verdad* cuando expresan que tienen “nada que decir”. Pero el autor añade que para alcanzar esa “nada que decir” es indispensable hablar.

Tal cual argumenta el ingenioso Miller (1989) cuando critica la “memorable” conclusión del *Tractatus* de Wittgenstein, que reza: “lo que no se puede decir hay que callarlo”. “Esto es —aclara Miller— lo que no funciona en psicoanálisis, cuya *ética* es absolutamente contraria pues precisamente se *debe* hablar de lo que no se puede decir y es entonces cuando se siente que las palabras para decirlo todo faltan” (Miller, 1989, p. 91) [subrayado mío].

## A modo de conclusión

Con el objetivo de aportar al esclarecimiento de lo que podría caracterizar las implicaciones y los alcances de la experiencia del psicoanálisis y la especificidad de su respuesta a la demanda de eficacia y a la exigencia ética, el escrito se refiere a la forma en que se aborda el silencio, al igual como la manera en que se concibe en la dinámica de la transferencia y al modo en que lo conduce hacia la estructuración de una ética.

En conclusión, se puede enfatizar que la clínica psicoanalítica, con especial cuidado a partir de Lacan, insiste en el tratamiento de lo que *no* puede decirse, de lo innombrable, es decir: lo referido a la pulsión, al goce; esto se subraya porque ello constituye su orientación ética. ■

## Referencias

- Borges, J. L. (1989), *Obras completas*, vol. 2, Buenos Aires, Emecé.
- (2003), *Biblioteca personal*, Madrid, Alianza.
- Braunstein, N. (1990), *Goce*, México, Siglo XXI Editores.
- Febrionan Piguet, J. C. (1992), “El silencio como figura del exceso”, en Nasio, J. D. (comp.), *El silencio en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gallano, C. (1984), “El riesgo de la palabra”, en Clastres, G. et ál. (comp.), *Acto e interpretación*, Buenos Aires, Manantial.
- G. L. G. (1989), “Tertulia de lectores”, en VV. AA. (comp.), *Escansión nueva serie*, Argentina, Manantial.
- Lacan, J. (1992a), *El seminario I. Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós.
- (1992b), *El seminario VII, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1976), *Escritos II*, México, Siglo XXI Editores.
- Leserre, A. (1998), “El Destino del silencio”, en Gorostiza, L. (dir.), *El psicoanalista y sus síntomas*, Buenos Aires, Eol. Paidós, pp. 53-58.
- Mallea, E. (1974), *Los papeles privados*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Miller, J. A. (1984), *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*, Argentina, Manantial.
- (1989), “Microscopia”, en Lacan (comp.), *Textos e intervenciones*, Buenos Aires, Manantial, pp. 83-97.
- Nasio, J. D. (1995), *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*, Barcelona, Gedisa.
- Silvestre, D. (1987a) “La cuestión del silencio”, en Lacan, J. et ál. (comp.), *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial.
- (1987b), “Sobre el amor”, en Lacan, J. et ál. (comp.), *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial.
- Soler, C. (1988), *Finales de análisis*, Argentina, Manantial.
- Zolty, L. (1992), “El psicoanalista a la escucha del silencio”, en Nasio, J. D. (comp.), *El silencio en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu.